

Capítulo 1. El orfanato



Capítulo 1. El orfanato



Orfanato de Horedose Hill. 1988.

Tap-tap. Tap-tap. Tap-tap. Tap-tap.

Otra vez los pasos. Aquellos MAL-DI-TOS pasos.
De un tiempo atrás, casi cada noche la misma historia.
La suela de los zapatos golpeando el suelo de baldosas
ajedrezadas con la misma y extraña cadencia.
Una y otra vez. Una y otra vez.
Se acercaban *los hombres del pijama*.

Tap-tap. Tap-tap. Tap-tap. Tap-tap.

¿A quién se llevarían? ¿Charlene? ¿Andy? ¿O sería Rick, *El Urraca*? Sí, probablemente. Era el más problemático y desquiciaba a todo el mundo con su carácter fanfarrón, principalmente a los instructores. No era un *alumno* fácil, dada su naturaleza rebelde. Además, no había sido el primero en sublevarse y todos los que lo habían hecho siguieron el mismo camino: desaparecieron. Incluso algunos más fuertes y beligerantes que él. Primero fue Sabrina, después Lucas, luego Mark, Fiona, Zeus y la última, Suzanne. Y, ahora, probablemente, era el turno de *El Urraca*.

¿Cómo los escogían? ¿Cuál sería el criterio de selección? Khemeia lo había pensado mil veces, conjeturando todas las posibilidades sin llegar a una única respuesta. ¿Los elegirían al azar? ¿Simplemente por su carácter? No lo creía, restaría credibilidad al *asussussusunto*, como hubiese tartamudeado Mark antes de desaparecer. Así es como ella llamaba a aquel proceso de selección por el cual iban desapareciendo algunos chicos del orfanato: *el asunto*.

«Sus compañeros han sido reclutados por sus enormes mejorías en el desarrollo y dominio de sus habilidades. Ahora forman parte de un exclusivo grupo, los elegidos, y ustedes, si se esfuerzan lo suficiente, también podrán formar parte de esta misión encomendada a defendernos frente a los enemigos de la Patria», repetía el director S. cada vez que desaparecía uno de sus compañeros.

Y un cuerno, pensaban todos sin decirlo.

Tap-tap. Tap-tap. Tap-tap. Tap-tap.

El sonido de las pisadas devolvió a Khemeia a la realidad de su oscura habitación, débilmente atravesada por un rayo de luz de luna que iluminaba la cama de *El Urraca* como si fuera un artista en el escenario.

Tap-tap. Tap-tap. Tap-tap. Tap-tap.

Era curioso lo que el insomnio de las siniestras visitas de *los hombres del pijama* provocaba. ¿O era la curiosidad innata de Khemeia por analizarlo todo y encontrar una explicación? En cualquier caso, fuera como fuese, Khemeia se había percatado de que en aquella cadencia en los pasos de *los hombres del pijama* había cierta desviación, un desorden que la desconcertó las primeras veces y la sometió a un verdadero reto: descubrir a qué se debía aquella ruptura del patrón esperado en su forma de caminar. El reto no era sencillo, pues *los hombres del pijama* siempre aparecían de noche y no todos los días, por lo que, aterrada por la posibilidad de resultar *elegida* mientras fingía dormir, tenía que tratar de obtener la mayor cantidad de información posible sin descubrirse. Sin embargo, todo se resolvió gracias a nuestro satélite natural: la luna. Durante una época de plenilunio, la frecuencia de aparición de *los hombres del pijama* aumentó, por lo que la luna llena permitía entrar más luz de lo habitual en la oscura habitación y Khemeia pudo apreciar en las sombras de *los hombres del pijama* —pues a ellos era muy difícil mirarlos sin descubrirse— cómo una de ellas ascendía y descendía ligeramente respecto de la otra. Esto sucedió durante varios días seguidos de ese periplo en el que nuestro planeta se encuentra alineado entre el sol y la luna, lo que permitió a Khemeia verificar que aquel leve desorden en la cadencia esperada en los pasos de *los hombres del pijama* se debía a la leve cojera de uno de ellos, el más alto de los dos, la sombra más alargada.

Tap-tap. Tap-tap.

Solo dos pisadas. Era el momento.

En ese instante entraron en el dormitorio y se dirigieron a la cama de Rick, que no se había molestado en aparentar que dormía, como el resto. Les esperaba apoyado sobre el cabecero de la cama y, sin mediar palabra ni oponer resistencia, se incorporó y caminó hacia la salida, flanqueado por *los hombres del pijama*. La puerta se cerró emitiendo un débil clic seguido de un «¡Nos vemos en el infierno, putos cobardes!» que soltó *El Urraca* tras una risa que heló la sangre de Khemeia.

Así Rick pasó a formar parte de *los elegidos*. Aquel selecto grupo del que nadie quería formar parte, pues tenían la sensación de que más que formar parte de ninguna misión acabarían tirados sin vida en cualquier cuneta. Del mismo paradójico modo que nadie quería permanecer allí, en el orfanato, y seguir siendo sometidos a las *pruebas*.

Ah, sí, *las pruebas*. Aquellos ensayos que llevaban a cabo sobre cada uno de los chicos y de lo cual no podían hablar a pesar de que jamás nadie les había prohibido hacerlo. Entonces ¿por qué no podían hablar de aquello? En realidad, no había hecho falta que nadie se lo impidiese. Simplemente lo sabían: *no podían hablar de aquello*. Permanentemente tenían la sensación de que estaban siendo observados. Y lo sabían, ¡oh, sí! Ya lo creo que eran conscientes. La *oreja* siempre estaba a la escucha. El *ojo* siempre vigilante. Los huérfanos habían inventado aquellas entidades, cada uno en su propia mente, sin haberlo comentado nunca. Sin, si quiera, haberlos nombrado jamás en voz alta. No hacía falta. Aún recordaban aquel día. *El Día*. Zeus llegó al patio, lugar de reunión donde se encontraban después de las *pruebas* (que los instructores llamaban *clases*), desorientado, ausente, tenía la frente ardiendo y sudaba profusamente. Parecía que deliraba, pero todos sabían que aquello no era ninguna alucinación, eran *las pruebas*, y todo había sucedido tal y como lo relataba Zeus: había sido sumergido en una piscina y permanecido bajo el agua sin respirar 56 minutos y 3 segundos antes de perder el sentido y ser trasladado a la enfermería. Mientras todos se preguntaban si algún ser humano era capaz de aguantar tanto tiempo debajo del agua sin respirar, aparecieron *los hombres del pijama*. Fue la primera vez que se habían llevado a uno de los chicos a plena luz del día. Desde entonces, cuando a alguno se le escapaba algún comentario inapropiado, siempre había alguien a su lado que hacía el mismo gesto sutil: trazaban con el dedo índice una línea desde el ojo hasta la comisura del labio: «(No hables. Nos ven. Nos escuchan)». Y ya no había más comentarios inadecuados. Mensaje captado.

Khemeia sabía bien de lo que eran capaces los instructores y *los hombres del pijama*, de la misma manera que era consciente de su propia habilidad. Aquella que no había querido mostrar. Aquella que se había propuesto ocultar a los instructores, pasara lo que pasara. Aunque, a decir verdad, sí que había *jugueteado* con ella para saber hasta dónde podía llegar *sin hacer saltar las alarmas*. Había ido aumentando la magnitud de su habilidad hasta un punto en el que ella misma se asustó. Fue cuando el pequeño Gage tuvo el accidente que casi le cuesta la vida. A partir de ahí supo cuáles eran los límites y decidió ocultar su verdadera habilidad. Decidió esconder *lo malo* en lo más profundo de su alma. Sin embargo, sabía que no podría hacerlo eternamente, pues carecería de sentido que siguiera formando parte del programa *El Nudo* y correría la misma suerte que Rick *El Urraca* y los otros. Así, elaboró un sofisticado plan con el que desviar la atención de lo malo.

Decidió jugar con ellos resolviendo pruebas con las cartas Zener; un conjunto de tarjetas utilizadas en experimentos de percepción extrasensorial que habían sido diseñadas por el psicólogo Karl Zener en la década de 1930, en colaboración con su colega Joseph Banks Rhine. Estas cartas se usan habitualmente en las pruebas para comprobar habilidades psíquicas como la telepatía y la clarividencia. «Círculo-Cruz-Tres rayas onduladas-Cuadrado-Estrella...». Y así todos los días en los que Khemeia obtenía unos resultados inusuales. ¿Funcionaba cómo estrategia de distracción ¡Ya lo creo! Los instructores no daban crédito: telepatía y clarividencia nivel rojo. Sin duda se encontraban ante un sujeto activo con una alta capacidad extrasensorial. ¿De qué tipo? Eso es lo que aún estaba por ver.

Las cartas Zener se ajustan a una distribución normal típica: para una prueba de veinticinco preguntas (son veinticinco cartas) con cinco posibles respuestas, la mayoría de las personas —de manera fortuita— acertará entre tres y siete; y alguien con un poco más de *suerte*, podrá acertar ocho. Sin embargo, acertar diez o quince de las veinticinco ya sería un resultado altamente improbable: una de cada noventa mil veces. Pero, acertar veinte se encontraba en la probabilidad de, aproximadamente, una de cada cinco millones; y acertar las veinticinco, tendría la probabilidad de una cada trescientos mil billones, lo cual no hacía que resultara imposible, pero altamente improbable. Khemeia, como parte de su táctica de despiste, fue aumentando su número de aciertos de forma progresiva, desde los esperados por el azar más absoluto (tres, cuatro, cinco) hasta el pleno. ¡Los instructores no daban crédito cuando Khemeia resolvía las veinticinco! Y después vuelta a empezar. Acertaba tres o cuatro, luego seis o siete, después ocho, luego quince, veinte... Con esto logró desconcertar a los instructores, que no sabían si era la chica con más suerte del mundo o tenía la mayor clarividente de la historia.

Pero ¿por qué tenía tanto miedo Khemeia a mostrar su habilidad? Quizás era cierto que pasara a formar parte de un grupo especial y saliera del orfanato. Así dejarían de someterle a *las pruebas* que tanto le aterraban. Al fin y al cabo, si aquel era el objetivo de *las clases*, ¿de qué les serviría una alumna que no avanzaba, un *sujeto pasivo*, como había escuchado que los llamaban? Si no avanzaba, su pertenencia al programa *El Nudo* carecería de sentido y Khemeia no era tan inocente como para pensar que, simplemente, la dejarían marchar. Sin embargo... Khemeia sabía que si aquellos hombres conocían *lo malo* algo espantoso sucedería. Porque *lo malo* era terrible y tenía una capacidad destructora inconcebible. Así que, de momento, se dedicaba a desconcertar a los instructores.

Pero aquel director S. le ponía la piel de gallina. Siempre acudía a sus pruebas y parecía leer sus pensamientos. Jamás dejaba de sonreír con suspicacia, como si conociera el secreto de Khemeia y el truco al que sometía a sus instructores: (Sé lo que haces, chica). Khemeia era única. Ella lo sabía. Y S. también.

La rama de uno de los árboles del patio golpeó la ventana e hizo que le diera un vuelco el corazón a Khemeia, absorta como estaba en sus pensamientos. Tras aquello se escuchó un ligero sollozo y en algún lugar de la habitación alguien trazó una línea con el dedo índice desde el ojo hasta la comisura de los labios (*Shh. Nos ven. Nos escuchan*). El eco de las pisadas, cada vez más lejanas, resonó en la estancia en la que todos simulaban dormir. Mientas, Rick *El Urraca* desaparecía de sus vidas para siempre dejando una pátina de temor con aquellas carcajadas propias de un demente.

Y así, entre *pruebas* y conversaciones banales en el patio transcurrían los días, aunque de vez en cuando esta tranquilidad era alterada con algún suceso inesperado, como el día que desapareció uno de *los hombres del pijama*. El personal de cocina y de limpieza no hablaron de otra cosa durante días y Khemeia se las arreglaba para alargar su tiempo en el comedor, ofreciéndose voluntaria para limpiar la cocina, esperando a que llegasen los trabajadores más chismosos. Parecía, según había podido escuchar en las conversaciones entre Julius y Loretta, que aquel pobre desgraciado había fallecido en una de *las pruebas* relacionadas con Charlene y su habilidad para la piroquinesis. El tipo había salido ardiendo como una bengala el 4 de julio. «Daños colaterales», había sido la respuesta del director S. antes de mandar a todo el mundo de vuelta al trabajo.

Tras aquel incidente, el único evento que alteró la *tranquilidad* —aunque rutina sería una palabra más adecuada—, del orfanato fue la llegada de chicos nuevos, algo que hacía tiempo no sucedía. En esos casos, era el mismísimo director S. quien asignaba personalmente un tutor a cada recién llegado para que le acompañase en todo momento y supiese qué hacer y cuándo hacerlo. «El buen funcionamiento del orfanato no podía verse alterado por comportamientos erráticos y fuera de lugar de los recién llegados». Así fue como Khemeia fue asignada como tutora de Aurora.

Habían congeniado enseguida, pese a ser polos opuestos: Khemeia era una chica pelirroja, pecosa, de tez blanca, tímida, de movimientos delicados y voz suave y dulce, como la de la locutora de un programa nocturno de radio.

Aurora, en cambio, era una afroamericana ruda, un par de años mayor que Khemeia, de pelo negro azabache —largo y muy rizado que siempre llevaba sujeto con un pañuelo rojo—, de carácter alegre, malhablada y con verborrea.

Khemeia y Aurora pasaban todo el tiempo libre juntas, tras *las clases* y conversaban sobre sus ciudades de origen y la infancia de cada una en Georgia y Alabama, respectivamente. Habían comentado entre risas cómo era más que probable que hubiesen coincidido en 1983 en Pensacola, donde ambas habían veraneado aquel año. Cine, libros, cualquiera era un buen tema de conversación, y en alguna ocasión habían compartido confidencias acerca de sus sentimientos tras el accidente que las había dejado huérfanas a ambas. Además, Aurora era la única persona a la que Khemeia se había atrevido a hablarle de *lo malo*, aprovechando alguno de los puntos ciegos del aseo de chicas. Aurora se había convertido en la mejor amiga que Khemeia había tenido jamás.

Sin embargo, una noche Aurora desapareció. Entraron *los hombres del pijama* y se la llevaron.

Tap. Tap. Tap. Tap.

El sonido de las pisadas ya no era el mismo, la cadencia ahora era la esperada. Ya no existía la influencia de la cojera del hombre de la sombra alargada. Ya no existía la sombra alargada ni el tipo que debía proyectarla. En aquel momento Khemeia lo supo: era el «daño colateral», el individuo que había muerto achicharrado durante en ensayo con Charlene.

Tap. Tap.

Tap. Tap. Tap. Tap.

El sonido de las pisadas alejándose por el pasillo entristeció a Khemeia, quien pensaba que no volvería a ver a Aurora. Esto le provocó una punzada en el estómago. Se había traicionado a sí misma. Desde que fue consciente del funcionamiento del orfanato se había jurado que jamás tendría ningún tipo de sentimiento hacia ninguno de los chicos, salvo la aprensión que había desarrollado contra Rick *El Urraca* o la ternura que le había provocado el pequeño Gage.

Sin embargo, la amistad con Aurora lo había cambiado todo y aún no podía creer que la hubiera perdido para siempre.

> *Ve al Capítulo 2 (página 8)*